



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

La recoleta franciscana

En la ribera norte del río Mapocho, justo donde partía el camino de El Salto que hoy conocemos por Av. Recoleta, existía a comienzos de 1600 una pequeña capilla construida por don Ramón Aguayo en los terrenos que allí poseía. En esos años en que el turbulento río impedía el paso de los moradores de la Chimba hacia la ciudad, la rústica ermita prestaba valiosos servicios religiosos al sector, ya que el buen don Ramón se preocupaba siempre de tener un cura a mano, para que dijese misa todos los domingos.

Pasaron los años y un vecino, «capitán, maestro de campo y alférez», como le consignan los documentos, llamado don Nicolás García, adquirió la capilla de Aguayo y todo el predio circundante. Él y su mujer, doña María Ferreira, eran fervientes católicos, de avanzada edad y sin descendencia. Preocupados de que el pequeño santuario se hacía insuficiente para los cada vez más numerosos vecinos del sector que necesitaban ayuda espiritual, decidieron fundar un convento de rigurosa observancia de San Francisco, para lo cual sostuvieron una reunión con el superior de la orden, fray Francisco Rubio, en la que se acordó que en el terreno donado por el matrimonio, los franciscanos fundarían un convento de recoletos y además construirían una nueva iglesia y los claustros necesarios para albergar a los frailes que allí se dedicarían al recogimiento y meditación, a la vez que auxiliar religiosamente a los habitantes de la Chimba.

Concertado el acuerdo, el capitán García procedió a demoler la vieja capilla y las casas que él mismo habitaba, para dar paso a la nueva construcción que se inició alrededor de 1645, en tanto los franciscanos iniciaban la larga tramitación de rigor,

para obtener del rey la autorización necesaria para la fundación. Por fin, el 30 de marzo de 1662, se expidió en Madrid la real concesión y, en cuanto llegó a Chile, el obispo Humanzoro se apresuró en otorgar su licencia para que los hijos de San Francisco procedieran a instalarse en el nuevo convento de la Chimba. De inmediato, los esposos García hicieron redactar el instrumento público de donación, que fue firmado sólo por don Nicolás, pues doña María declaró no saber hacerlo.

Esta primera iglesia parece haber tenido una sola nave de 60 varas de largo por 13 de ancho, y pronto adquirió gran popularidad en el barrio. Los recoletos, decididos a atraerse la protección celestial, decidieron traer a su iglesia la milagrosa imagen de la Virgen de la Cabeza, que se veneraba en España en un remoto santuario de la Sierra Morena, en la jurisdicción de Andújar, desde el año 1227. De qué medios se valieron los hermanos recoletos para conseguir la sagrada imagen, es cosa del misterio, pero no cabe duda de que la porfía y tenacidad franciscanas todo lo consiguen. La Virgen partió de España bien embalada y, tras cruzar el istmo de Panamá, llegó al Perú, desde donde continuó su viaje a Chile en un frágil barquichuelo.

Durante la travesía, un horroroso temporal arrastró la nave hasta las islas de Juan Fernández y, cuando estaba a punto de estrellarse contra el roquerío, el capitán subió a cubierta con la imagen entre los brazos. Ante su presencia, las olas se calmaron, cesó el viento y el barco continuó su viaje, venturosamente, hasta Valparaíso. Los agradecidos tripulantes escoltaron a la Virgen desde el puerto hasta Santiago, donde fue recibida por todo el pueblo y las autoridades militares y religiosas, que ya conocían el milagro.

A partir de aquel suceso, la iglesia de los recoletos fue de permanente atracción para los chimberos, que concurrían ciertas veces al año a hacer penitencia y, como no cabían todos en el templo, se daban azotes a sí mismos al aire libre, para castigar a la carne rebelde, en tanto las mujeres recitaban el Credo en alta voz y con los brazos levantados en cruz. Cuenta don Abel Rosales que, siendo aún muy pequeño, su madre lo llevaba a estas misiones penitentes; hasta que en cierta ocasión otro pecador, nada experto con el látigo, le atizó un rebencazo en la oreja que lo dejó bastante maltrecho.

La imposibilidad de cruzar el Mapocho en invierno, hizo que los moradores de Santiago acudieran a la iglesia de los recoletos sólo en primavera y verano, aprontando aperos y monturas como quien sale para el campo. El resto del tiempo era una odisea ver cruzar el río a algún jinete que llegaba a la otra orilla gracias a la enorme energía del potro que montaba, contando como una gracia: «vengo de la ciudad», al extremo de que todos lo festejaban. Sólo en 1681, gracias a la incansable laboriosidad del presidente Juan Henríquez, se levantó el primer puente sobre el Mapocho, frente a la Recoleta Franciscana, hecho de cal y ladrillo sobre basamentos de piedra. Esta obra de arte vino a solucionar el aislamiento de la Chimba y aumentó considerablemente la clientela de los buenísimos franciscanos, entre los que se contaba el «siervo de Dios», fray Pedro Bardesi, que tantos milagros hiciera en favor de los desamparados. Su celda, ubicada en el primer patio del convento, está señalada hoy por una modesta columna.

El terremoto de 1730 afectó seriamente el edificio, principalmente a la torre, y debieron atender rápidamente a las reparaciones. El verdadero transformador fue el hermano sacristán Francisco Vega quien hizo un excelente trabajo. Por aquellos años, los claustros formaban una construcción baja, rodeada de corredores, en los cuales había gran cantidad de cuadros de santos. La iglesia mantenía sus dimensiones

originales, y el coro bajo poseía un órgano separado del altar mayor por una reja de madera torneada. En la sacristía, un cuadro de fray Bardesi, cuatro lienzos de Santa Pelagia y otro de San Francisco en el sepulcro. En 1748, una inundación del Mapocho echó por tierra el puente de cal y ladrillo que levantara el presidente Juan Henríquez, dejando nuevamente aislados a los recoletos y a todos los habitantes de la Chimba. El padre guardián inició en 1762 una larga tramitación para conseguir que se construyera otro, aunque fuera de madera. Finalmente, tras diversos estudios, se levantó uno aprovechando las ruinas del anterior, sobre las que se colocaron tablonés, horconería y vigas de madera en bruto, que tomó el nombre de Puente de Palos de la Recoleta y que duró hasta comienzos del siglo siguiente, siendo reconstruido en 1829. Tras un largo tiempo de beatífica tranquilidad, dedicada a sus labores religiosas, los acontecimientos de la Independencia vinieron a turbar la paz del convento. Después de la batalla de Chacabuco, no encontrando locales para alojar a los diferentes cuerpos del ejército de los Andes, se les repartió en varios conventos, tocando a la Recoleta Franciscana la artillería que combatió después en Cancha Rayada y en Maipo a las órdenes de Blanco Encalada, quien, tras esta última batalla, volvió a ocupar los claustros hasta 1820, en cuyo año los devolvió. Pero los sacrificados recoletos no alcanzaron a vivir un año en su convento. En 1821, con motivo de los apuros que pasaba el erario para mantener la guerra en el sur, especialmente contra el montonero Benavides, el gobierno de O'Higgins decidió que las Monjitas de la Victoria entregasen su convento, ubicado en calle de las Monjitas esquina de 21 de Mayo, para que fuese vendido en lotes como una forma de sufragar los gastos. Tal decreto ordenaba el traslado de las religiosas a la Recoleta Franciscana, que los frailes debían desocupar mudándose a la Recoleta Domínica.

La orden gubernamental colmó la paciencia de los franciscanos que llevaban años sin poder dedicarse a su labor. En cuanto supieron que debían desocupar los claustros, arrojaron todo cuanto poseían a la calle y a la plazoleta en acto de protesta, incluyendo una valiosa biblioteca de más de 5.000 volúmenes, entre los que se contaba una colección de manuscritos con la historia del convento. Los comedidos de siempre se robaron cuanto encontraron, dejando a los religiosos con los brazos cruzados. Finalmente, llevando el Sacramento bajo un palio, salieron en procesión hacia la Recoleta Domínica seguidos por gran gentío. Sólo en diciembre de 1837, cuando las monjas partieron a ocupar su nueva residencia, volvieron los franciscanos, al mando del padre Infante, a reocupar su convento. En 1843, el padre Vicente Crespo inició los trabajos para reconstruir la iglesia. El gobierno aprobó los planos en 1845 y Antonio Vidal inició las obras empleando cal y ladrillo, o simplemente los ladrillos pegados con un barro muy ligador. La iglesia comprendía tres naves con 14 columnas y 13 altares, uno de los cuales continúa dedicado a San Antonio de los Pobres, imagen sumamente milagrosa que debe superar con creces los 200 años. Las influencias bávaras son claras en el altar de San José y en el hermoso púlpito. En el primer patio del convento se mantenía, desde la época de los primeros religiosos de la Recoleta, un hermoso lúcumo cuyo tronco medía más de un metro de diámetro, que estaba con fruto todo el año. Y eran tan deliciosas sus frutas, que todas las noches se oían las pisadas clandestinas de algunos frailes que iban a sacar fruta, algunos a pedradas, otros encaramándose con grave peligro, pues muchos de ellos terminaron en un soberbio porrazo.

Al poniente del convento, existía un terreno llamado «El Arenal», que se pobló de rancherías sucias y gente de mal vivir. Con el tiempo, ese sector pasaría a constituir lo que hoy es la Vega. La plazuela ubicada frente a la Recoleta, servía de descanso a

quienes cruzaban el Puente de Palos en viaje al norte, y allí se reunían los fieles después de terminada la misa.

En la época en que los franciscanos recuperaron su convento, surgió la figura de fray Andrés Filomeno García, más comúnmente conocido como fray Andresito, que recorría Santiago pidiendo limosnas para su convento y para los pobres. Son innumerables los hechos que justifican la petición de su beatificación, pero el menos conocido, es que fue compañero de Ramón Boza, uno de los conspiradores del motín que llevó a la muerte al ministro Portales. Este hombre, con su conciencia cargada por el peso de la culpa, recogió la cabeza de Vidaurre después de su ajusticiamiento y entró de lego a la Recoleta Franciscana, donde mantenía sobre la mesilla de noche la calavera del que fuera su amigo. Boza acompañó muchas veces a fray Andresito en sus recorridas repartiendo el bien, y durante las noches cargaba a su lado una cruz a cuestas para seguir el Vía Crucis alrededor de la iglesia en construcción.

Al terminar el siglo pasado, en 1868, el templo recibió algunas mejoras, como la construcción de la torre y el altar de Santa Filomena que son obras del arquitecto Fermín Vivaceta.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

